

**Principio de la poesía hebraica
Los salmos**

Al encarnarse en el mundo el Dios supremo de Oriente, desarróllase y crece con Él, lo que equivale á decir que la creación continúa indefinidamente y que los libros sagrados no encierran sino un eterno *Génesis*. Pero al genio hebraico, al contrario, bástanle dos solas páginas para describir la formación del mundo. Elohim crea el universo por una explosión de su voluntad, é impulsándole en seguida lejos de sí mismo, siéntase aparte de él más allá de todos los cielos. ¿Qué poesía puede surgir de esta idea? No consistirá seguramente en largas narraciones, ni en majestuosas epopeyas, ó en un *Ramayana* cantado por los levitas, sino en un poema parecido á aquel Dios, rápido é instantáneo como Él, y que apenas deja espacio para la narración por lo perentoria que la voluntad divina se muestra en hacerse obedecer.

En donde todo es maravilla, la maravilla desaparece. Cuando el artista del universo es á la vez alma suya, lo sobrenatural se convierte, por de-

cirlo así, en el orden regular de la Naturaleza; pero cuando el Creador permanece distinto de su obra, todo cambio parece una intervención extraordinaria de su voluntad, y nace la idea del prodigio á la vez que la de la libertad divina, encendiendo el entusiasmo, la enajenación y la acción de gracias. El salmo que resume todos estos sentimientos es también la verdadera poesía del milagro. Bajo su azote hace estremecer las montañas y callar las olas del mar: con sus movimientos líricos, desconcierta los hábitos del espíritu, como el milagro los hábitos de la Naturaleza.

¿Y qué será si además de esto la lengua de los salmos tiene el carácter y acento especial de Jehová; si parece salir de su ardiente boca en medio del brasero del desierto; si todo en ella es movimiento, vida y personalidad; si sus atributos son seres y los seres acciones; si las diferencias de sus tiempos se hallan apenas indicadas, tomándose hasta indistintamente unas por otras; si el presente carece completamente de expresión en sus verbos, como un punto indiscernible entre el pasado y el porvenir? ¿No parecerá ésta la gramática del Eterno más bien que la de un pueblo, que privado de la posesión de sí mismo y de la conciencia de su presente, siéntese, por decirlo así, fuera de los límites precisos de la duración? No se busquen en semejante lengua las formas de la epopeya y las del drama, porque no existen; pero en vez suya se descubrirá un libro eterno, creciendo al través

de las edades, al mismo tiempo que el libro de la ley se va insensiblemente desarrollando con el genio y la institución del sacerdocio. La colección de los salmos contiene cantos que pertenecen á casi todas las épocas de la historia de los hebreos, desde Moisés hasta los Macabeos: eco de las generaciones, coro universal de aquel pueblo. Su siglo de oro, sin embargo, por decirlo así, pertenece al reinado de David, cuyos cantos son el modelo según el cual todos los demás se forman, y esto explica por qué la tradición los refiere indistintamente al mismo autor, siquiera un poco de atención baste para discernir el tono especial de cada uno. Resplandece en un principio la confianza en el ungido del Señor, y el acento sosegado y majestuoso que revela la armonía entre la monarquía y el sacerdocio; viene luego, desde el siglo VIII, el acento desgarrador que indica la cautividad de Babilonia; después surge el acento entusiasta de la vuelta de la cautividad, la inspiración más sencilla del primer templo, el genio más litúrgico del segundo, y así sucesivamente. En este trono de poesía, que se acrece con el tiempo, elévase, sobre todas, la figura de David, llevada en alas de los cánticos de la Judea, sentada al lado de su Dios en la montaña santa y flotando sobre la historia como la personificación ideal, el *Ferouer* de Israel. De este modo, y concurriendo el pensamiento de todas las épocas á engrandecer y á adornar este ideal, conviértese en la imagen de todas las espe-

ranzas y en el símbolo permanente del porvenir, causa por la cual nunca deja de aumentarse aquel inmenso coro triunfal de los salmos, tanto en la paz como en la guerra, acreciéndose y resonando cuanto dura la existencia del pueblo hebreo y apagándose cuando aquélla se apaga. Profetas, historiadores, moralistas, todos se refieren á él; y él marca en cierto modo con su ritmo, más ó menos rápido, los latidos de la vida en la serie de las generaciones; unas veces rompe el acorde de sus voces, como si el pueblo descendiera en el abismo por grados sonoros, yendo á perderse á lo lejos entre las arenas ó á morir bajo los llorosos sauces en la cautividad; otras veces sólo hace sonar una voz, que gime entre la noche, y pertenece á un rey nuevamente ungido, á un profeta, á un pastor ó á un levita olvidado entre las ruinas, mientras que el reino de Judá parece perdido y el concierto terminado; últimamente, después de algún tiempo, vuelven á renacer eternamente los cantos de triunfo, y el coro litúrgico estalla de nuevo, surge del polvo el pueblo mudo con todas sus voces, reaparece la imagen del rey ideal más resplandeciente que nunca en medio de los himnos que vuelven á entonarse, ábrese la puerta de la ciudad de Dios, y ya no sabemos si asistimos al triunfo del pasado ó al triunfo del porvenir.

En medio de estos sentimientos inspirados por el genio del sacerdocio y del poder real, existen otros que ninguna expresión adecuada pueden ha-

llar en el resto del mundo. Las ocultas esperanzas, los pensamientos desolados, las miserias que constituyen el fondo de la vida interior, cúbrese con la majestad de un rey de Judá. La personalidad del hombre se manifiesta al mismo tiempo que la de Dios. Las divinidades de otros pueblos sólo con los colosos se comunicaban, como cuando voluntariamente conducían los astros á sus moradas, dejando en cambio perdidos en la noche de los espíritus á los pensamientos privados, sin cuidarse de tales cosas, pues hasta estaba prohibido el invocar en secreto á los Inmortales; pero el Dios hebreo, por el contrario, á pesar de morar tan sólo más allá de todos los mundos, escucha desde su alejamiento las quejas, aun las más silenciosas y mudas, que brotan del fondo del corazón. Atravesando la inmensidad, préstales atento oído, é introduce de este modo al hombre en la intimidad de lo infinito, manteniendo con él las relaciones de un jefe de la tribu patriarcal. Él es el padre; Israel, el hijo: tal es la santa familia del Antiguo Testamento, ruda en verdad, terrible paternidad sin la virgen y sin la madre, y en la que el castigo no perdona ni al hijo.

Encuétrase á veces en los salmos como una reminiscencia del *Rig-Veda*. Soplo del Alta Asia, que penetra no se sabe por dónde en el alma de la Judea. El primer cántico de los patriarcas, en todas las cimas de la tierra repetido, estalla también y en toda su pujanza sobre la colonia de Sión.

Así el Oriente tiene dos ecos, que desde sus dos extremidades se responden, y cuando el Himalaya exclama: «Indra», contesta el Libano: «Jehová.» Por muy lejos que la poesía hebraica se halle de la primitiva rudeza de los cánticos indios, y siquiera indique desde luego una sociedad comparativamente moderna, es lo cierto que en muchos de sus rasgos recuerda la infancia de la tribu, no habiendo hallado todavía, en resumen, otro artificio para sus versos que el de repetir dos veces la misma idea, como si hiciese girar su ritmo, como David su onda, antes de lanzar su pensamiento al blanco. Mas si su vestido es rústico, su corazón y su alma son verdaderamente regios y cortados para presidir las danzas en los días solemnes alrededor del tabernáculo. Pues preciso es reconocer, sin entrar aquí en investigaciones acerca de los salmos que puedan pertenecer especialmente á David, que se ha coronado muy fundadamente con este nombre una poesía que tiene todos los caracteres del pastor y del rey.

La filosofía hebraica.—Job

No todo es alabanza y profecías en la poesía de los hebreos; también en ella caben la duda y la blasfemia. Su más acabado monumento parece hecho para destruir todo lo que los demás habían fundado; tal es el poema de Job, sublime desafío arrojado por el hombre contra Dios en medio de su templo. ¿Qué relación tiene este libro con las demás escrituras? ¿Cómo del seno mismo de la fe puede nacer la incredulidad más profética? ¿Significa acaso la inspiración de un ángel rebelde y oculto en el Santo de los Santos, ó es un juego del espíritu que se divierte desencadenando las fuerzas del abismo? Muchos escritores han preferido, á penetrar en estas contradicciones, atribuirles un origen extranjero, por más que no hay en el Antiguo Testamento ningún libro que tan profundamente penetre en las raíces de la religión hebraica. Cuanto más parece que se aparta de ella, más íntimamente se une con ella; de suerte que, lejos de pensar en arrancarlo de la Biblia, no podría comprenderse la fe de Moisés sin la blasfemia de Job.

Hasta aquí nos ha sido fácil ver qué paz proporcionó á la inteligencia humana la revelación de la unidad de Dios; fáltanos ver las contradicciones que esta idea traía consigo misma. Era la primera la cuestión del origen del mal, tanto más difícil cuanto que no existía en los cultos del resto del Oriente. ¿De dónde venía la injusticia, el dolor en la Naturaleza y en el hombre? Ellos respondían: «El mal viene de los dioses malos que luchan eternamente contra los dioses buenos. Ahrimán combate contra Ormuzd; Tifón, contra Osiris; Siva, contra Brahma. De aquí el triunfo de la iniquidad en la sociedad civil; de aquí los reptiles, los peces, los monstruos, en el mundo organizado.» Resuelta así la cuestión, pudo el Oriente dormir tranquilo respecto de este enigma, sin sospechar que pudiera algún día presentarse de nuevo.

Mas cuando en la Judea fué un día proclamada la unidad soberana, la lucha cesó en Dios y estalló en el hombre. ¿No veis con este dogma en el cielo suscitarse contradictoriamente esta discusión en la tierra? Si Dios es único, ¿de dónde procede el mal? Si es el Señor, ¿por qué la opresión de los buenos? Si pudo formar el mundo á su voluntad, si tiene en su mano los corazones, ¿por qué el triunfo de los malos? ¿por qué la inocencia perseguida? ¿por qué la injusticia coronada? Lanzado al mundo este enigma, necesariamente el pueblo hebreo había de buscarle solución; no pudo menos al principio de quedarse atónito; mas si el libro de Moisés había

presentado el problema, el de Job debía intentar resolverlo. No se diga, pues, que es extraño á las Escrituras, que es caldeo, idumeo ó árabe; no, es hebreo. Hállase unido al sistema de la Biblia, como la respuesta está unida á la pregunta: la blasfemia es aquí la demostración de la fe.

Veamos cómo se entabla la cuestión: no se trata únicamente del libro más poético de las Escrituras, sino de un libro en el que se encuentran bajo formas orientales todos los argumentos que, en opuestos sentidos, no han cesado de atormentar el espíritu del hombre. Fundado el poema (porque es imposible tomarlo por un libro histórico) en una antigua tradición, principia en el cielo. Todavía Satanás no se halla irremisiblemente privado de la presencia de Dios, en cuyos Consejos toma parte como uno de sus ángeles familiares, proponiéndole tentar al hombre más justo de la tierra, para ver si su virtud se cambia en blasfemia. Job, que debía de ser la víctima de esta solemne experiencia, es herido de repente por la desgracia. Era un príncipe poderoso, un emir; hele aquí revolcándose en un estercolero. Sin embargo, siempre había practicado el bien. El sentimiento de la injusticia se subleva en él, y abre un proceso contra Dios. Siendo justo, sufre. ¿Por qué esto? De esta cuestión á la duda no hay más que un paso, sólo que el escepticismo del filósofo oriental no es el de los tiempos modernos; es una duda que dudando de sí misma, se separa con remordimiento de los fundamentos

de la acostumbrada fe: incredulidad naciente, mezclada aún con el himno y la adoración, como una serpiente del desierto oculta en el fondo del tabernáculo. Hanse hallado contradicciones entre los pensamientos de Job, y se ha concluido que tal libro está formado de fragmentos escritos en diversas épocas; pero lo que está fraccionado es el corazón de Job, no su poema. Le espantan sus mismos pensamientos; antes de ir más adelante en el camino del escepticismo, quería retroceder, pero no puede; se ha metido en un camino sin salida, y lucha consigo mismo. Bajo el acicate de la desesperación, bajo la mordedura de la injusticia, salta como un león, ora á la fe, ora á la impiedad. Ruega, adora, reniega, canta, blasfema á un mismo tiempo. Su alma, en estas violentas sacudidas, es lanzada lejos de la vieja ley mosaica; arrastrada por una tempestad interior, traspasa á veces hasta el mismo cristianismo. Nunca tortura moral hizo estallar oráculos semejantes, y lo que los hace más sensibles es que los amigos de Job, encerrados aún en el espíritu de la vieja ley, no comprenden una palabra de los transportes, de los furores divinos de aquella alma que la desesperación convierte en profeta; porque no teniendo ellos más inteligencia que la del pasado, son verdaderos fariseos en presencia de este Cristo del Antiguo Testamento. Como toda la cuestión versa acerca de la existencia del mal, comienzan por negarla de una manera absoluta. Á esto contesta Job mostrándoles sus

plagas, y exclamando que es justo. Pero sus amigos dudan de su inocencia; le suponen, le forjan algún crimen oculto, y lo condenan. Paso tras paso es conducido este hombre por la discusión á ver desaparecer su último apoyo con el sentimiento de su integridad, y desconfiando ya de Dios, del mundo, de sí mismo, la disputa acaba de destruir su última esperanza. Pero en este supremo instante, en esta agonía moral, cuando rueda á lo más profundo del abismo, de repente, no se sabe por qué milagro interior, vislumbra la esperanza de la inmortalidad. Vida eterna, resurrección, estas palabras, que nunca habían sido pronunciadas, brillan en medio de aquella tempestad moral como un relámpago en medio de una noche tenebrosa, porque no es, en efecto, más que un relámpago que se desvanece para presentar más profunda la noche y el abismo que le suceden cuando los amigos, derrotados en toda la línea, refúgianse en una vanidad sublime, haciendo el elogio del universo, del bello orden de los cielos, de las leyes inmutables de las estaciones. ¿Qué tiene que ver todo esto con la cuestión? ¿Qué me importa que los cielos estén bien ordenados, si existe el desorden en el corazón? ¿Qué me importa la calma de los océanos, si la tempestad y los furiosos aquilones se desencadenan en el fondo del alma de este justo? Esto es renunciar á la cuestión, no resolverla: también Job se apodera de esta idea. Cansado de dirigirse á hombres cuya razón vacila y retrocede delante de

la verdad, quisiera argüir con Dios mismo, y triunfa siempre amargamente al proferir, con la lógica de la desesperación, estas palabras que resumen toda la cuestión: «¿Por qué, pues, viven los malos y son colmados de riquezas?» *¿Quare ergo impii vivunt et confortati divitiis?*

Los amigos son reducidos al silencio, porque Job tiene de su parte los hechos que ellos no pueden negar. En este momento la nube se abre, y un nuevo interlocutor, el Eterno mismo que descende del cielo, viene á mezclarse en el debate y á defender su causa contra Job. Decimos mal; no es una discusión que continúa, porque el Eterno no se asocia en modo alguno á los amigos que han pretendido defenderle; antes bien, reniega de la sabiduría de aquellas almas vulgares, rechazando su vano incienso y su fe muerta. Prefiere la impiedad delirante de Job, porque esta incredulidad aparente está llena del Dios del porvenir, y porque si aquel corazón se desgarrá, débese realmente á superabundancia de vida. Sin embargo, se vuelve contra él, y lo aplasta con una palabra. Todos conocéis esta ironía sublime: «¿Dónde estabas tú cuando ponía yo la tierra sobre sus cimientos, cuando decía al mar: de aquí no pasarás?» Esto ya no es discusión, es la voz del trueno, la poesía del rayo que brota de la nube y pulveriza la razón mortal. Cae de los cielos como lluvia de huracán en medio de relámpagos y estrepitosos truenos. La razón sucumbe, la lógica desaparece bajo aquella

ola de magnificencia. Job se calla: es vencido, no por la persuasión, sino por la violencia de lo sublime; sus ojos son deslumbrados más que iluminados por este torrente del eterno esplendor.

¿Diríamos hoy, á cuatro mil años de distancia, que tales respuestas satisfacen la cuestión? De ningún modo; la cortan, pero no la resuelven. El Eterno se envanece, en efecto, con la sabiduría que ha mostrado en la creación de la naturaleza exterior, en la organización del águila, del caballo, del elefante, pero si Job hubiese podido rehacerse un instante, no habría contestado á este terrible adversario: «¿Por qué, pues, no me has dado las escamas y la coraza de Leviatán contra las heridas y la mordedura del pensamiento? ¿Por qué no me has dado la felicidad del águila en la nube? ¿Por qué no me has dado la independencía y la alegría del caballo en el desierto? ¡Respira los vientos que pasan, es dichoso; y yo, yo hago el bien y sufro! ¡Ah! es que tú has gastado tu sabiduría en esas obras muertas, y ya no has tenido para mí más que el desorden y el caos, que no has podido desenredar y regir en mi corazón. Tú has preparado cuidadosamente el alimento al gavilán, pero te has olvidado del pasto de mi alma; cuanta más nobleza pusiste en esas criaturas de barro, más parecen profundos mi abatimiento y mi ruina. Tú creaste el esplendor de los cielos para insultar mejor mi miseria; tú diste sus coronas á las estrellas para burlarte mejor de mi espíritu.»

¿Dónde estará, pues, la solución á las dificultades traídas al mundo por el mosaísmo? En el cristianismo. El drama, en efecto, ha nacido en el corazón, y en el corazón debe desenlazarse. Las objeciones de la antigua ley son insolubles, el desorden del mundo moral, flagrante, en tanto que, para restablecer el equilibrio, no se le oponga el peso de la vida futura. Sólo la inmortalidad cristiana puede dar razón de la desigualdad del bien y del mal en los términos en que la planteó el poeta hebreo. No; no basta, para que el equilibrio se conserve, que Job adquiera nuevos rebaños de vacas, que en vez de sus hijos, arrebatados antes de nacer, encuentre otros siete; que sus parientes le ofrezcan una pieza de plata ó una joya de oro. Me es preciso aún que Job tenga la posesión de los cielos del Evangelio, que sus hijos salgan á recibirle en los reinos invisibles, allí donde no hay ya contradicciones, ni males, ni ruinas; necesito, no sólo algunos años terrestres, sino siglos y siglos para curar sus heridas, que son infinitas. Sólo entonces el mal será reparado; la injusticia, corregida; la cuestión, resuelta. La tragedia comenzada en la antigua ley se termina en la nueva, y si he dicho en otra parte que el drama de Prometeo no tenía desenlace posible más que en el cristianismo, ¿cómo no lo diría del drama de Job?

Intentad descubrir en el espíritu de la antigua ley una solución á estos enigmas, y no lo lograréis; el sentido del poema quedará incompleto en

tanto no le completéis á la luz del Evangelio. Porque no sirve decir que tiene por fin enseñar la paciencia en la prueba, pudiendo entonces preguntar: ¿Para qué la prueba, cuando el mal sufrido es mayor que la recompensa prometida? Lo que constituye la grandeza de este libro es que traspasando la medida del Antiguo Testamento, llama, provoca necesariamente cielos nuevos. Su patético procede también de aquí, pues se presiente que aquellos gritos desesperados sólo en otra sociedad hallarán debida respuesta. En el fondo de aquella blasfemia palpita y comienza á apuntar el cristianismo, que se busca á sí mismo en la noche del farisaismo. El poeta siéntese estrecho en la antigüedad sagrada, tiende al porvenir sus manos y no abraza más que la desesperación, porque la cuestión planteada por Moisés, si Job la discute, sólo Cristo puede resolverla.

Otro tanto pudiera decirse de las otras partes de la Biblia. Mientras que las religiones del resto del Oriente forman cada una un sistema definido que se basta á sí mismo: el mosaísmo, esto es, la unidad de Dios sin la inmortalidad, no es más que el primer periodo de una religión que espera ser completada por la nueva ley. El Antiguo Testamento está lleno de cuestiones que abandona á las disputas del mundo. Revoluciones en la tierra y en el cielo, igualdad, unidad del género humano, cuestión del bien y del mal: sobre todo esto interroga. Sólo el Nuevo responde. En el uno están los vacíos,

los abismos que espantan la imaginación; parece que se anda siempre errante en el desierto, siempre sublime, pero sin divisarse nunca la salida. Todo es grande, pero de una grandeza aterradora, y el pensamiento se lanza, se estremece, salta, como si buscase el porvenir. En el otro todo es calma, todo se concluye; el hombre ha encontrado lo que buscaba, la inquietud del espíritu ha desaparecido, el sistema ha quedado concluido; la paz, compañera del orden, respira en todas partes.

En el espíritu del poema de Job es donde busco las señales del tiempo en que fué compuesto. Colócanlo muchos escritores, á cuya cabeza se halla Bossuet, en las más antiguas épocas, y hasta lo atribuyen al genio de Moisés, á lo cual es fácil oponer que en ninguna historia se manifiesta el escepticismo con la revelación; que es preciso para conocerlo haber vivido mucho, porque es el principio de la muerte, y por esto se halla siempre más cerca del sepulcro que de la cuna. ¡Cuántas experiencias desastrosas no supone un escepticismo tan reflexivo, tan sutil como el de Job! ¡Cómo creer que Moisés, el primer institutor, fuera al mismo tiempo el primer blasfemo! ¿Habriase apoderado la desesperación del corazón de los hebreos al salir del mar Rojo, mojados todavía con los aguas del milagro? No, seguramente; esta filosofía pertenece á su edad madura, si no á su decadencia; las tristes sombras de la cautividad pesan sobre ella, y á lo sumo puede referirse á los tiempos de Isaías.

Cierto que no es esta la última palabra del escepticismo hebraico. Si han sido menester muchos siglos para descender de Moisés á Job, no se necesitaron tal vez menos para bajar de Job al *Ecclesiastés*. En este último libro, la rebelión ha cesado, la imprecación se ha extinguido bajo el hielo de la edad. ¡Qué frialdad! ¡qué amarga renuncia de todo! ¡qué laxitud! Todo indica la duda irreparable de una vejez extremada. ¿Dónde hallar el genio profético? Ni una chispa queda bajo aquella lívida ceniza; es que la vida se agosta con la esperanza. ¡Cuántos vehementes votos extinguidos, cuántas ilusiones frustradas! el deseo mismo ha desaparecido; nada subsiste si no es el tedio del cielo y de la tierra. Cuando después de haber recorrido, en medio de los prodigios de los profetas, tantas épocas hambrientas del porvenir; después de haber visto unos en pos de otros, en un camino de milagro, á los patriarcas, á Moisés, á los jueces, á los reyes, en busca de la ciudad prometida, todo lo que hay de más brillante en la naturaleza y en el genio del Oriente, tantos entusiasmos, dolores, triunfos, derrotas, ostracismos, tan heroicamente sufridos en la esperanza del reino futuro; cuando después de haber seguido á este pueblo flagelado hasta el fin de su vida dolorosa, oímos como desenlace de tantas esperanzas sobrehumanas salir del templo estas palabras: *Vanidad de vanidades y todo vanidad; nada es nuevo bajo el sol*, no parece sino que hemos llegado al *consumatum est* del An-

tiguo Testamento, que el tabernáculo se ha roto, que Jehová mismo expira en su cruz y desaparece sepultado en esta muerte del pensamiento. Desde este instante el Padre, privado del porvenir, comienza su pasión sobre un frío Gólgota. Ya es hora de que el Hijo llegue para recoger su herencia. El Oriente se abandona, languidece; la antigua ley muere: ¿cuándo vendrá la nueva?